

Hermann Hesse (*). Premio Nobel de Literatura de 1946.

El padre de Hesse nació en la antigua Reval (hoy Tallinn) que fué capital de Estonia. Su madre en Malabar (India). Los antepasados de ambas ramas son hombres de importancia, en parte pioneros de las misiones pietistas protestantes. El autor nació el 2 de julio de 1877 en Colw (Wurtemberg).

Muy temprano deben haberse producido los choques entre este muchacho que sueña de flores y mariposas, de puestas de sol y de princesas, y la disciplina férrea y ascética que rige todos los actos de ese reducto pietista que es su casa paterna. Es un muchacho difícil, y la madre, entre biblias y rezos, tiene frases de desesperanza por este su vástago.

Ya crecido lo envían al Seminario de Maulbronn; pero un buen día escapa de ahí. El padre, indignado, lo coloca como aprendiz de relojero. Después de año y medio vuelve al estudio, esta vez en una escuela laica; pero sólo alcanza a estar allí poco más de un año: un día vende sus libros para comprarse una pistola y es expulsado. Como aprendiz de librería sólo alcanza a estar tres días. Vuelta a la casa paterna. Colocación en una fábrica, fracaso físico ante el yunque y nueva vuelta a la tutela paterna. Por fin a los 21 años encuentra colocación en la ciudad universitaria de Tubingen; comienza entonces unos estudios sobre Goethe y lanza su primer volumen de versos: «Canciones románticas» (1899).

* Es posible que el nombre de Hermann Hesse no sea suficientemente conocido entre nosotros, a pesar de que algunas de sus obras fundamentales, como «El lobo estepario» han sido publicadas por nuestras editoriales. Nacido en Wurtemberg (Alemania) y nacionalizado suizo, su obra representa un caso de recia personalidad artística, leal, por encima de cualquier otro afecto a los dictados de su conciencia estética, libertaria, y soberana. La Academia Sueca ha reconocido sus méritos intrínsecos de gran artista, concediéndole el Premio Nobel de Literatura correspondiente al año 1946.

Establecido poco más tarde en Basilea termina el «Hermann Lauscher» (1901), pasando a ocupar con ello un lugar ya expectable en la literatura alemana. Poco más tarde aparece su novela «Camenzid». En 1904 contrae nupcias con María Bernoulli.

Parece comenzar así una época de tranquilidad y bienestar burgués. Sus obras son leídas y sus versos recitados por toda la juventud. Ama todo lo armónico y canta todo lo bello. Y cuidadosamente destierra la inquietud intensa que lo va quemando interiormente.

Al «Camenzid» sigue «Bajo las ruedas», al igual que la obra anterior, una novela autobiográfica, que le sirve para lanzar un acerbo ataque al sistema educacional bajo el cual ha padecido. Luego varios volúmenes de novelas cortas.

A orillas del bello lago Constanza sigue escribiendo y triunfando. Pero mientras tanto su verdadera personalidad palidece más y más. No ha logrado librarse aún de la red con que lo aprisionó la casa paterna. «Fuente cristalina sellada por una capa de concreto armado» ha dicho el propio poeta. La tragedia que ha de llevarlo a la madurez se avecina.

En 1911 emprende «por necesidad interior» un viaje a la India. Ni él mismo sabe por qué viaja. Emprende el viaje cansado y vuelve desengañado. Publica un librito «Desde la India».

El año que estalla la guerra lo encuentra en Berna. En este año aparece «Roshalda», que lleva las muestras inequívocas no ya de una depresión anímica, sino de una neurosis grave.

En 1916 publica un precioso volumen que contiene 3 novelas cortas de Knulp. «Knulp» es un artesano vagabundo que vive su vida libre de toda traba moral, un pájaro no muy respetable, pero encantador: la antítesis de la vida que lleva el autor. Más o menos en la misma época publica en el «Neueste Zürcher Zeitung» un llamado a todos los hombres de letras, artistas y filósofos, para mantener una actitud digna y un poco de paz, por lo menos en las esferas del arte. Son muy pocos los que quie-

ren oír su llamado. Su amigo Romain Rolland es uno de esos pocos. En cambio la prensa alemana, la misma que siempre lo aclamó, lo tilda de antipatriota y traidor; y este ataque injusto—pocos poetas hay que tengan más enclavado en el corazón el amor a la patria—es la gota que desborda el cáliz. Hesse llega a un estado tal de neurosis, que debe someterse a un largo tratamiento psicoanalítico.

Salvado en el umbral mismo de la penumbra en que sucumbieron sus antecesores románticos—Kleist, Nietzsche, Holderlin—Hesse comienza la segunda etapa de su vida y poco a poco, obra por obra, va allegando las piedras para su construcción filosófica y a través de siempre nuevos padecimientos físicos y anímicos llega a la madurez, a la maestría.

Pues el sino parece haberse encaprichado con este hombre, y su vida es aprendizaje en el martirio. El fracaso de su matrimonio, los ataques injustos al volver a su patria, una ciática terrible que lo mantiene clavado por interminables meses al lecho, el derrumbe de la República alemana, el triunfo del nazismo que trae consigo su exclusión de la Academia de Letras de Prusia y más tarde su renuncia a la ciudadanía alemana (adopta la suiza), sólo son nombres exteriores del padecimiento de este hombre, que sobre todas las cosas ama a la humanidad, la bondad y la paz, y que, desde 1933 en adelante, ve sucumbir todo lo que venera y que debe presenciar impávido el triunfo de lo que siempre abominó: la fuerza bruta, la crueldad y la incultura.

Sus obras principales por orden cronológico desde 1919 en adelante son: «DEMIAN»; la historia de un muchacho que lucha hasta encontrarse a sí mismo; «Sidharta», el príncipe indú, asceta y pecador, cuya vida es búsqueda y errar, pero que al fin comprende la unidad de la creación; «El último verano de Klingsor», la vida de un pintor (reminiscencia de Van Gogh) que se consume en llamaradas, exaltación de la vida; «El lobo de las estepas», relato de un hombre solitario que emprende valiente-

mente el camino de adaptación, «hasta que consigue amar y comprender la música de radio y descubrir aún a través de ella las manifestaciones de lo eterno»; «Narciso y Crisóstomo», la historia de Crisóstomo, el muchacho loco y adorable, que corre tras las flores y las muchachas, que crece y sufre y goza, que mancha sus manos con sangre humana y talla con estas manos imágenes inmaculadas, y de Narciso, su amigo y maestro, el justo inteligente y ecuánime pensador. En este libro magnífico logra cristalizar el autor el conflicto entre alma y espíritu que lo ha atormentado desde los primeros días de la infancia. Por fin en 1942 aparece «Josef Knecht» y el año pasado «El juego de las cuentas de vidrio».

Las obras de Hesse, desde 1916 a esta parte—poesías, ensayos, novelas, críticas—, forman un conjunto armónico, en que cada parte complementa la otra. Cada nueva obra sólo le servirá para iluminar otra faceta de su «Weltans hauung», de su manera de mirar el mundo. A través de todas ellas se busca a sí mismo. Médico y paciente a la vez, jamás falla en el diagnóstico; maneja el bisturí con maestría, y su mano no tiembla cuando debe extirpar tejidos enfermos.

Su «Klingsor» fué la reacción violenta contra el pietismo de la casa paterna. Ahí encontramos la frase: «No vivimos de otra cosa que de nuestros pobres, hermosos magníficos sentimientos, y la injusticia que cometemos con cada uno de ellos es una estrella que apagamos».

Ya en tono más calmado lo vuelve a repetir más tarde: «Se le han dado cinco sentidos al hombre para transmitirle alegría y dolor: ninguno que le haga distinguir lo verdadero de lo falso. El hombre no está aquí para reconocer la verdad, ni para ser engañado. Esto es indiferente. Está aquí para gozar y sufrir».

Vuelve el mismo tema en «Sidharta»: «Reconocer el mundo, explicarlo, despreciarlo, seguramente es el objetivo de los grandes pensadores. A mí en cambio sólo me importa poderlo amar:

no despreciarlo, no odiarlo, ni odiarme a mi mismo; poder contemplar al mundo, a mí y a todos los seres con cariño y admiración y respeto».

Esta frase nos revela la actitud fundamental de Hesse: su amor a la vida, su disposición a aceptarla tal cual venga. «Amor fati» como dijo Nietzsche. Ni los padecimientos, ni la incomprensión han logrado jamás—y en esto reside la importancia moral de su obra y de su vida—amilanarlo, hacerle perder la fe en la humanidad.

Pocas veces la Academia sueca pudo efectuar una elección más justa.

(«El Mercurio», 25 de noviembre de 1946)